

Pecado desbordante y gracia sobreabundante (2 Reyes 6:24-33)

(2 R 6:24-33) *“Después de esto aconteció que Ben-adad rey de Siria reunió todo su ejército, y subió y sitió a Samaria. Y hubo gran hambre en Samaria, a consecuencia de aquel sitio; tanto que la cabeza de un asno se vendía por ochenta piezas de plata, y la cuarta parte de un cab de estiércol de palomas por cinco piezas de plata. Y pasando el rey de Israel por el muro, una mujer le gritó, y dijo: Salva, rey señor mío. Y él dijo: Si no te salva Jehová, ¿de dónde te puedo salvar yo? ¿Del granero, o del lagar? Y le dijo el rey: ¿Qué tienes? Ella respondió: Esta mujer me dijo: Da acá tu hijo, y comámoslo hoy, y mañana comeremos el mío. Cocimos, pues, a mi hijo, y lo comimos. El día siguiente yo le dije: Da acá tu hijo, y comámoslo. Mas ella ha escondido a su hijo. Cuando el rey oyó las palabras de aquella mujer, rasgó sus vestidos, y pasó así por el muro; y el pueblo vio el cilicio que traía interiormente sobre su cuerpo. Y él dijo: Así me haga Dios, y aun me añada, si la cabeza de Eliseo hijo de Safat queda sobre él hoy. Y Eliseo estaba sentado en su casa, y con él estaban sentados los ancianos; y el rey envió a él un hombre. Mas antes que el mensajero viniese a él, dijo él a los ancianos: ¿No habéis visto cómo este hijo de homicida envía a cortarme la cabeza? Mirad, pues, y cuando viniere el mensajero, cerrad la puerta, e impedidle la entrada. ¿No se oye tras él el ruido de los pasos de su amo? Aún estaba él hablando con ellos, y he aquí el mensajero que descendía a él; y dijo: Ciertamente este mal de Jehová viene. ¿Para qué he de esperar más a Jehová?”*

Estamos ante un capítulo dramático y lleno de emoción. Con pocas palabras vemos dibujado el estado moral de Israel. Pero sobre este fondo de pecado horroroso y tenebroso, aún brilla mucho más claramente la gracia inconcebible de Dios.

A primera vista, muchos detalles de este pasaje parecen enigmáticos o incluso contradictorios, pero leyendo el texto con sosiego vemos pequeños datos que aclaran las conexiones sin gran esfuerzo imaginativo.

El capítulo anterior terminó con la afirmación de que las bandas armadas sirias no volvieron a asaltar el país de Israel, después de haber sido humillados y avergonzados, y ahora se nos informa aquí que Ben-adad, el rey de Siria, reunió a todo su ejército para sitiar la ciudad de Samaria.

No se trata aquí, pues, de una de las muchas incursiones de pequeñas bandas armadas, como en el pasado, sino de una gran campaña militar siria cuidadosamente preparada, para matar de hambre a Samaria, la capital de Israel, y terminar así con la sede del gobierno y reinado de Joram, mediante un sitio de muchos meses de duración. Este cambio de táctica debía conseguir el final definitivo del pueblo de Dios. El hambre, y no la espada, debían acabar con ellos. Este tiempo de prueba serviría para poner de manifiesto el estado interior de Israel; un estado por el que debían ser juzgados. Tenía que quedar en evidencia el estado moral del pueblo de Dios y de su rey Joram, quien ya en repetidas ocasiones había recibido pruebas de la gracia y del poder de Dios, sin que su corazón inestable se dejara cambiar por la benignidad de Dios.

Por encima de toda la astucia de los enemigos de Israel, y por encima de toda la corrupción moral dentro de la ciudad sitiada, vemos con claridad la mano de Dios tratando de ganar el corazón de su pueblo mediante el juicio y la gracia.

Cabezas de asnos y estiércol de palomas

Aparentemente, el sitio de la ciudad no había logrado una humillación y un arrepentimiento genuino en el rey y en su pueblo. El contexto de esta historia indica que Eliseo había instado a Joram a arrepentirse, y que también le había informado que ese mal venía del Señor (**2 R 6:33**). Además, parece ser que Eliseo le había aconsejado insistentemente esperar la intervención y salvación de Dios, porque las últimas palabras de Joram en este capítulo son: “¿Para qué he de esperar más en el Señor?”.

Sea como fuere, parece que la influencia de Eliseo logró que, al menos superficialmente, Joram fuera conmovido, ya que llevaba “*cilicio interiormente sobre su cuerpo*” (**2 R 6:30**). Esta señal exterior de arrepentimiento y humillación no se veía a primera vista. Se hizo visible cuando rasgó sus vestidos en un acto de desesperación (**2 R 6:30**). No fue, pues, una confesión pública y visible de su arrepentimiento, como la que más tarde hizo el rey de Nínive (**Jon 3:6-9**), y tampoco arrastró al pueblo impulsándolo a un arrepentimiento general y profundamente sentido en el corazón.

No, y esto nos hace recordar las palabras de Jeremías: “*Los azotaste, y no les dolió; los consumiste, y no quisieron recibir corrección; endurecieron sus rostros más que la piedra, no quisieron convertirse*” (**Jer 5:3**).

Y así ocurrió lo que Dios ya había profetizado siglos antes:

(Lv 26:19-20) “*Y quebrantaré la soberbia de vuestro orgullo, y haré vuestro cielo como hierro, y vuestra tierra como bronce. Vuestra fuerza se consumirá en vano, porque vuestra tierra no dará su producto, y los árboles de la tierra no darán su fruto.*”

La falta de alimentos y la desesperación eran tan graves que la gente gastaba una fortuna para comprar cabezas de asnos, que eran animales inmundos, y estiércol de paloma, cosas de las cuales antes habrían sentido asco, pero que en ese momento negociaban con ellas a fin de conseguirlas.

En la historia de la iglesia también hubo tiempos en los que reinaban circunstancias parecidas, y quizás vengan ahora otra vez tiempos parecidos. No estamos muy lejos de aquellas condiciones, si consideramos lo que algunas autoridades eclesiales ofrecen como “alimento espiritual” oralmente o por escrito en congresos y otros eventos, y a menudo a precios muy elevados; y muchos lo reciben y aceptan.

De mal en peor...

Cuando en esta situación tan angustiada el rey Joram subió el muro de la ciudad para considerar la situación de la ciudad, se vio confrontado con lo más bajo de la moral de su pueblo. Una mujer desesperada le gritó en medio de su aflicción, y por la situación que le describió, se ve que habían llegado al extremo en que incluso las madres estaban dispuestas a matar a sus hijos y a comérselos a fin de saciar su hambre.

También esto lo había profetizado Dios hacía mucho tiempo:

(Dt 28:53) “*Y comerás el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos y de tus hijas que el Señor tu Dios te dio, en el sitio y en el apuro con que te angustiará tu enemigo.*”

Las madres y los padres, que por naturaleza se sacrifican por sus hijos, ahora sacrificaban a sus hijos e hijas para mantenerse en vida ellos mismos.

El paralelismo con nuestros días es evidente. Hoy hacen pedazos a los bebés matándolos en el seno de la madre, argumentando que sería “cruel” limitar la libertad de la mujer para hacer con su cuerpo lo que quiera.

Los niños son sacrificados sobre el altar del bienestar, para que los padres puedan vivir plácidamente y prosperar. Y lo más grave de todo esto es que no lo hacen únicamente personas que se confiesan ateos y que no admiten ninguna autoridad moral por encima de ellos, sino que en algunos casos también lo hacen los que se llaman creyentes “conservadores y fieles a la Biblia”. La consecuencia de estos comportamientos son iglesias en extinción en muchos lugares de la vieja Europa, y por supuesto, también el juicio divino a causa de esta planificación de la vida completamente egoísta e impía.

Un plan de asesinato anunciado piadosamente

En esta situación Joram se quitó la máscara. Él veía a Eliseo como el único culpable de la terrible tribulación por la que atravesaba el pueblo de Dios. Nada de humillación o de autocrítica. Un odio fiero le impulsaba a querer matar a aquel que en otras muchas situaciones angustiosas le había salvado la vida, y a quien incluso había llamado “padre” espiritual (**2 R 6:21**).

“Culpa al único en quien no había pecado de apostasía contra Dios” (Hamilton Smith).

A semejanza de su impía madre Jezabel (**1 R 19:2**), expresa su intención de asesinarle usando un juramento, que, en realidad, debería haberle hecho desistir de cometer tal pecado: *“Así me haga Dios, y aun me añada, si la cabeza de Eliseo hijo de Safat queda sobre él hoy”* (**2 R 6:31**).

El comentarista Hamilton Smith traza aquí la línea al Nuevo Testamento y nos recuerda una escena bien conocida por todos nosotros:

“¿No es esta sombría escena un reflejo de las tinieblas aún mayores de la cruz, donde la maldad del mundo culmina en la condenación de Aquel que fue el único entre todo el género humano que estaba libre de todo pecado?”

Paz en la tormenta

Cambiamos de escena y nos asombramos: mientras Joram, lleno de rabia, está de camino para asesinar a Eliseo, Eliseo está sentado en completa paz en su casa con los ancianos de la ciudad, y esto aunque sabía las intenciones homicidas de Joram, puesto que Dios se las había revelado.

Aquí vemos cómo Eliseo superó incluso a su padre espiritual Elías. Mientras que Elías huyó aterrizado al desierto después de que la impía Jezabel amenazara con matarlo, vemos que Eliseo, en una situación muy parecida, actuaba con completa tranquilidad sin mostrar ningún rastro de temor.

Rodeado de hombres que evidentemente apreciaban y buscaban sus consejos, confió en la protección de Dios, dando únicamente el mandato de cerrar la puerta delante del rey, con una paz interior asombrosa.

Qué paralelo más bello y alentador, y qué ilustración más adecuada para la confesión de David cuando escribió:

(Sal 27:1-4) “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme? Cuando se juntaron contra mí

los malignos, mis angustiadores y mis enemigos, para comer mis carnes, ellos tropezaron y cayeron. Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón; aunque contra mí se levante guerra, yo estaré confiado. Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo.”

Juan Paton (1824 - 1907), el misionero a los caníbales en las Islas Nuevas Hébridas al este de Australia, vivió la paz de Dios en situaciones muy parecidas. Estuvo muchas veces en peligro de muerte, antes de que por fin Dios obrara un gran avivamiento entre estos hombres tan crueles. Los caníbales habían jurado muchas veces eliminar a ese intruso costara lo que costara. En su autobiografía, Paton narra una de esas situaciones de peligro mortal:

“Mis enemigos casi en ningún momento dejaban de lado sus intenciones malévolas contra mí, aunque hubo veces que por algún tiempo se tranquilizaban... Un guerrero salvaje me persiguió durante horas con su mosquete cargado. Aunque muchas veces apuntó contra mí, Dios impidió que disparara. Le dije palabras amables y continué con mi trabajo como si no estuviese presente, porque yo estaba plenamente convencido de que Dios me había llevado a ese lugar y que me protegería hasta que hubiese concluido el trabajo que había designado para mí. Mientras que orando continuamente puse mi mirada en el Señor Jesús, dejé todo en Sus manos, sintiéndome inmortal, hasta que mi obra estuviese concluida. Tribulaciones y liberaciones fortalecieron mi fe, y mi impresión es que me fortalecían para las aflicciones subsiguientes que se presentaban continuamente.”

Dios permita que el ejemplo de Eliseo y de Juan Paton nos animen allí donde Dios nos ha colocado para confiar en Él y en sus promesas, y vivir experiencias parecidas en la fe.

Un hombre que hablaba con claridad

Es fácil que haya pasado desapercibido un pequeño detalle de esta historia dramática: Eliseo no teme llamar a Joram “*hijo de homicida*” delante de los ancianos de la ciudad. Con ello nos recuerda a Acab, el padre de Joram, de quien la Biblia nos deja un juicio estremecedor:

(1 R 21:25) *“A la verdad ninguno fue como Acab, que se vendió para hacer lo malo ante los ojos del Señor; porque Jezabel su mujer lo incitaba.”*

Eso también se requiere de los profetas de Dios; que llamen al pecado por su nombre, sin hacer acepción de personas.

Gracia sobreabundante

Después de que Joram había mostrado claramente lo tenebroso y falto de esperanza que estaba su corazón, el Espíritu de Dios muestra la magnitud inconcebible de la gracia y paciencia de Dios y de su profeta Eliseo. No leemos de ninguna palabra de juicio sobre el “*hijo de homicida*” y las abominaciones terribles del pueblo:

(2 R 7:1) *“Oíd palabra del Señor: Así dijo el Señor: Mañana a estas horas valdrá el seah de flor de harina un siclo, y dos seahs de cebada un siclo, a la puerta de Samaria”*

Así pues vemos también en esta historia rasgos del carácter de Eliseo que se ven de forma perfecta en la vida de nuestro Señor Jesús: ¡Gracia y verdad!

(Ro 5:20) *“Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.”*